

## **“LA LEYENDA DE IRRIO”**

Hace mucho, mucho tiempo, antes de que la civilización actual existiese en un pequeño pueblo cercano a la costa vasca, una historia de la que no sabemos con certeza si es verdadera o no, comenzó...

Allá por aquellos tiempos, los vascones, tenían la costumbre de enfrentarse unos contra otros mediante pruebas en las que el grito más fuerte y potente los llevaba a ser los soberanos de aquel peculiar pueblo.

Se dice, que en una pequeña casa apartada del resto, residía Irrio, un vascón, hay que decir que bastante agraciado por cierto, en el que todo el pueblo depositaba su confianza para ser vencedor de la prueba que se disputaría al amanecer.

Era un joven, que aparentemente, lo tenía todo. Era fuerte, amable y apasionado por el mar, el mayor regalo que se le pudiera hacer a los amantes de aquella cultura, pero, sobre todo, era amigo de sus amigos. Siempre andaba paseando por el pueblo en busca de alguna familia que necesitase de su ayuda y sabían que podían confiar en él fuese cual fuese el apuro en el que se encontrasen. Por todo ello, año tras año, se fue ganando la confianza y el cariño de su pueblo, en el que ya antes de comunicarse ganador de la prueba, su nombre propagaba liderazgo.

Pero él, el líder y amigo perfecto para un pueblo, vivía día tras día con un problema que lo consumía por dentro, que apenas le dejaba respirar y lo destruía desde lo más profundo de su corazón. No fluía desde su garganta aquel grito, aquel grito ganador con el que cada año, el gobernador del pueblo, conmovía a sus habitantes, a los que les daba esa esperanza de seguir viviendo que se podía palpar en el aire, enseñándoles a ser fuertes y ganadores, que nada los detendría.

Irrio se despertó unas pocas horas antes del alba. Su cara, era el reflejo del miedo, miedo por no poder estar a la altura, y sus brazos y piernas temblaban cual gelatina, pero sabía, que de una manera u otra, debía enfrentarse a aquella prueba. No podía fallar, no podía echarse atrás. Se lo debía a su pueblo.

Había llegado la hora, todos los aspirantes estaban colocados en fila a la espera de su turno por proferir su grito.

Uno por uno, cada aspirante dio fe de él entre vítores y aplausos de los espectadores, hasta que llegó el turno de Irrio, el más esperado. Todos los participantes y espectadores callaron, se podía palpar la tensión de aquel momento. Perlas de sudor ocupaban su frente, su respiración, se agitaba por momentos y su corazón, latía tan

fuerte, que se podía escuchar a kilómetros de distancia. Se preparó, se concienció, pero cuando se dispuso a gritar, de su garganta no salió más que un pequeño suspiro que le hizo estremecerse. Era tal el silencio y la ilusión acumulada en los espectadores, que se sintió mareado. Una enorme presión le comprimía el pecho, y la risa de sus contrincantes le hizo desmoronarse.

Salió corriendo monte abajo. Su orgullo le impedía volver a aquel pueblo, no podía regresar y ser consciente de la desilusión acumulada en los corazones de todos ellos a lo que había ayudado, y había recibido ayuda. No podía...

Siguió corriendo. De sus ojos manaban lágrimas que se quedaban atrás, como sus ilusiones y recuerdos. Pero no podía rendirse. Tenía que conseguir aquel grito, aquel grito que tantos problemas le había causado. De repente, se desplomó. No podía seguir corriendo, tenía los pies doloridos y las piernas cansadas. Miró a su alrededor. No sabía donde se encontraba, aquella playa no le resultaba familiar. Había estado corriendo durante horas y horas. Echó un vistazo al paisaje que lo envolvía. Ni rastro de su pueblo.

Se sentó en la arena malhumorado, contemplando las enormes olas que se alzaban más allá de sus pensamientos.

Se despertó con un fuerte dolor de cabeza. Ya era de día.

Algo lo había golpeado fuertemente. Intentó visualizar algo que no fuese arena. Si, allí, a unos tres metros de distancia, se hallaba una bonita caracola. Se quedó contemplándola ensimismado, hasta que unas risas inesperadas a su izquierda, le hicieron reaccionar.

No pudo creer lo que vio a continuación. Allí, a tan solo unos metros de distancia, sentada en las rocas, se encontraba la mujer más bella que jamás hubiera conocido. Se quedó mirándola embobado, pero algo le hizo darse cuenta de que había algo raro en ella. La examinó cuidadosamente. Su larga melena castaña ondeaba con el viento, uniéndose así en un pack perfecto. Sus verdes ojos lo miraban expectantes, y su largo vestido blanco, caía sobre su morena piel hasta llegar a los pies. Irri se levantó alarmado. Aquello no era una mujer, era una lamía, el peor enemigo de un vascón. Dónde se supone, que deberían estar los pies, aquella bellísima mujer tenía ancas de pato.

Pero, había algo en ella, algo desgarrador que hizo que se acercase. La saludó y se presentó. Parecía asustada. No había en sus preciosos ojos, aquella malicia de la que eran dotadas todas las de su especie. Sencillamente, era diferente. Después de unos

segundos de intenso silencio, el viento le jugó una mala pasada a la guapa lamía, levantando su larga cabellera castaña y dejando así, al descubierto, la enorme herida de su cuello, de la que brotaba sangre sin cesar.

Irrio, se acercó alarmado. Algo en lo más profundo de su ser, le incitaba a ayudarla, así que hizo caso de su instinto. No sabía por qué, pero lo hizo. Se desató el pañuelo que llevaba anudado al cuello y lo colocó alrededor del de ella, para detener la hemorragia. Cogió a la lamía entre sus brazos cuidadosamente, a lo que ella, no se resistió. La sentó en la arena y cubrió sus hombros con su chaqueta, dejándola descansar mientras él, iba en busca de comida.

*“ME LLAMO XUNA. HE SIDO DESTERRADA DE MI PUEBLO POR AYUDAR A UNOS HUMANOS DESPUÉS DE QUE SU BARCO NAUFRAGASE, Y COMO CASTIGO, ME HAN ENVIADO LEJOS DE MI PUEBLO. PERO, ESO NO IMPORTA, LO QUE TE TENGO QUE AAGRADECER DE CORAZÓN, ES QUE ME HAYÁS SALVADO LA VIDA A SABIENDAS, DE QUE LAS DE MI ESPECIE, SOMOS LO SMAYORES ENEMIGOS PARA LOS DE TU PUEBLO. NO SÉ QUE ME HUBIESE SUCEDIDO SI NO ME HUBIESES RESCATADO Y CURADO LA HERIDA QUE ME CAUSÓ MI HERMANA CUANDO SE ENTERÓ DE LO QUE HICE. MUCHAS GRACIAS, DE VERDAD”*

Su voz, sonaba melosa, tal y como pudo comprobar Irrio al día siguiente mientras desayunaban. Los dos, tenían algo en común, los dos, eran diferentes. No sabía por qué, pero aquel ser, le hacía sentirse él, le hacía sentirse especial.

Pasaron días, meses, incluso años... Cada día transcurrido, sentían que su vida acababa de comenzar, que ya nada a su alrededor podía hacer sentirle confusos y que por nada del mundo, se sentirían extraños ni diferentes.

Irrio, se fue en busca de comida. Era una tarde primavera, una tarde como otra cualquiera, pero cuando regresó a la playa donde día tras día Xuna lo esperaba ensimismada observado lo que algún día fue su hogar, se dio cuenta, de que algo no marchaba bien. Xuna no aparecía por ninguna parte. Sobrecogido por la angustia, recorrió todo el perímetro que enmarcaba la playa gritando el nombre de la que durante todos esos años, había sido su amiga, su familia. Llegada la noche, se sentó abatido en la arena, no había ni rastro de la bellísima lamía. Cuando ya, desechó la idea de volver a verla, un ápice de esperanza recorrió todo su ser. Allí a su derecha, alguien, había

escrito una nota. Sí, pensó. Seguro que se ha ido en busca de flores para sus pulseras o fruta para desayunar. Pero ese ápice de esperanza, se esfumó inmediatamente. Se había ido, se había ido para siempre... Sus ojos, se humedecieron y poco a poco, pequeñas lágrimas empezaron a brotar de ellos. La nota decía.

**LO SIENTO, ME HAN VUELTO A ACEPTAR EN MI CLAN.  
TIENES QUE ENTENDERLO, SOY UN SER MARINO Y NO TERRESTRE.  
NO PUEDO SEGUIR VIVIENDO ASÍ.  
HASTA SIEMPRE...**

Sintió como el corazón se le partía en pedazos. Sintió el dolor, vacío y tristeza, todo a la vez. Tenía unas enormes ganas de gritar, de gritar y de que le escuchasen en todas partes. Pensó en su familia, en sus amigos, en su tierra. Aquel, era el día en el que se celebraban las pruebas. Una enorme rabia recorrió todo su cuerpo. Profirió un alarido que fue escuchado hasta en los confines de la tierra, hasta en países que hasta siglos después no serían poblados, pero, sobre todo, fue escuchado en su pueblo, justo en el momento en el que iban a coronar al nuevo gobernador.

Ante tal alarido, todos se quedaron sobrecogidos, ya que en él, habían reconocido el espíritu del que años atrás, había sido su líder sin necesidad alguna de presentarse a esas estúpidas pruebas, que a partir de aquel momento y en su honor fueron bautizadas con el nombre de **IRRINTZI**.

**-FIN-**